

Fragmentos del libro:

**“EL OFICIO DE LA PASIÓN”. El programa cultural en barrios,  
de Virginia Haurie (\*)**

Editado por Editorial Sudamericana (1991). Buenos Aires.

(\*) **Virginia Haurie** fue una de las creadoras del “Programa Cultural en Barrios” y durante 1984-89 se encargó de la dirección del mismo.

Junto a los miles de personas que participaron en el Programa Cultural en Barrios, aprendí a reconocer las posibilidades que da la libertad para crear condiciones que permitan un mejor desarrollo individual y social. Que la convicción y el amor puestos en lo que se hace generan la energía necesaria para que “contra viento y marea”, se superen casi todos los obstáculos; así como también que la información, el trabajo y la reflexión crítica señalan el camino. Y que la solidaridad no es sólo un sentimiento sino una decisión.

Al igual que muchos de los que trabajamos en los barrios, formo parte de una de las últimas generaciones que creyeron que su deber era transformar la sociedad en la que nos había tocado vivir. Una generación acunada por sueños e ilusiones.

(El Programa Cultural en Barrios se lanzó (1984) tras años de una dictadura feroz...) En ese momento tuve claro algunas cosas: que el Programa Cultural en Barrios era muy necesario, que lo importante no eran los talleres en sí mismos sino que la gente se juntara, y que iba a ser yo quien lo condujera.

Durante el tiempo en que trabajé con Ana (María Plano), yo respeté sus rigideces y ella mis ambigüedades. Juntas hicimos lo que bien sabemos hacer las mujeres: aprovechar lo disponible, reciclar lo que no sirve, usar el ingenio para superar los obstáculos y la seducción cuando la razón no es suficiente. Su conocimiento del sistema municipal fue fundamental para saber por dónde se tomaban los atajos.

Para conseguir gente que viniera a trabajar en el Programa –dado que el poco presupuesto disponible se utilizó para contratar a los maestros de los talleres- hicimos correr la voz entre las reparticiones municipales. Acepté a todos (los que se propusieron, en un principio). Estoy convencida de que cada persona puede hacer algo bien. El trabajo (de uno) es encontrar ese algo.

Primero los puse a prueba en las tareas que les encomendaba y los cambiaba –previa charla- cuando percibía aptitudes que a veces ellos mismos desconocían. Unos pocos se fueron enseguida, porque no se adaptaron al ritmo de trabajo. A algunos tuve que pedirles que se fueran.

Los contactos en los niveles operativos que traían estos viejos municipales permitieron encontrar solución a muchos problemas. La burocracia municipal está organizada para entorpecer el trabajo, nunca para facilitarlo.

Con respecto a los Centros, lo primero que hicimos fue promover la realización de todo tipo de actividades culturales, sociales y comunitarias; incluir como una rutina los espectáculos de fin de semana y cambiarles la denominación.

Los nuevos espacios, donde sólo se hacían talleres artísticos, habían nacido como centros de promoción cultural y llevaban números. Si bien ese trabajo de promoción se realizaba, tenía una connotación escolar y paternalista que estaba muy lejos de los objetivos que queríamos lograr.

Los responsables de los Centros junto con los vecinos del barrio buscaron nombres representativos.

Algunos de los nombres que surgieron fueron: Alfredo Palacios, en la Boca; Baldomero Fernández Moreno, en Floresta; Roberto Arlt, en Flores; Macedonio Fernández, en Mataderos; Lola Mora, en Parque Centenario.

Por entonces, para definir la función de conducción decidimos utilizar la palabra “Coordinador” en lugar de “Director” que es la que normalmente se usa en la administración pública.

Algún tiempo después adoptamos el nombre de “Animador” para identificar también nuestro rol.

Creímos que esto ayudaría a alejarnos del estereotipo del funcionario público, algo que en realidad lograríamos con tiempo y trabajo. Al principio estas denominaciones nos causaron problemas dentro y fuera de la Municipalidad: ser un Coordinador/a era “menos” que un Director/a y la palabra “Animador” se la asociaba con los animadores de fiestas infantiles.

Recién en 1986 llegamos a definir el concepto “animación”, que expresamos así en uno de nuestros folletos: “Si a través de su tarea puede despertar y encaminar intereses, desarrollar aptitudes, reunir y escuchar, estimular la creación, aprender y cambiar pero, sobre todo, promover la participación para la transformación de la cultura, **USTED ES UN ANIMADOR CULTURAL.**”

En los siguientes años, prácticamente ningún tipo de actividad social, cultural o comunitaria quedaría excluida del Programa.

En Saavedra, por ejemplo, se realizaron murales que hoy adornan el barrio. En Soldati los jóvenes crearon un taller de “vagos”, donde se reunieron todos los jóvenes que no querían incluirse en ninguna de las actividades que en ese momento funcionaban. Con el tiempo, ese taller se transformaría en un Club de Juegos.

En Mataderos, los niños del taller de cine hicieron un ciclo de debates sobre el tema de la paz. Charlas sobre sexualidad, educación, política, ciencias.

También se realizaron acuerdos de todo tipo con otras organizaciones públicas y privadas para que desarrollaran sus actividades junto con nosotros.

Pacho (O'Donnell – ex Secretario de Cultura de la MCBA) había definido “la cultura” como “la conciencia que un pueblo tiene de sus tradiciones, sus esperanzas, sus anhelos, sus enemigos, sus aliados”.

Nosotros interpretábamos y traducíamos en acciones pero, para realizarlas, más difícil que vencer la burocracia fue modificar las representaciones internas: habíamos sido educados en un sistema represor, en una sociedad que valoriza el arte como lo culto, que no acepta las diferencias y que privilegia lo individual sobre lo social.

La primera rebelión me tomó por sorpresa. Suena el teléfono y por la voz de Pacho (O'Donnell) me doy cuenta de que hay problemas: “¿Qué pasa ahí que tengo a todos los Coordinadores de los Centros pidiendo tu renuncia?”.

Me acusaban de autoritaria, de desvirtuar los objetivos, de promover la autogestión y de incluir un Psicólogo Social (Enrique Ramírez) en el Programa.

Supe que no debía volver a pasar. Aprendí a estar alerta: conducir también es saber anticiparse a los hechos.

Los que me acusaban no estaban lejos de la verdad: le había dado una dirección al Programa y avanzaba como una topadora a través de sus resistencias. Pero...me estaba equivocando en la forma de ejercer el poder.

Los cambios llevan su tiempo, no volví a hablar de autogestión y con el Psicólogo Social acordamos que sólo trabajaría conmigo. En aquél momento me di cuenta de que el sentido común y la intuición no eran suficientes para conducir un trabajo de esta naturaleza. Junto a algunos de mis colaboradores más cercanos decidimos buscar ayuda.

Los coordinadores de los Centros se manejaban en bloque para oponerse, pero en los barrios funcionaban aislados unos de otros. Teníamos que generar un sentido de pertenencia para poder construir un marco de trabajo que todavía no teníamos y además diluir la resistencia.

Utilicé todo tipo de recursos –hasta pedirle a Pacho (O’Donell) que me apoyara para cambiarlos de repartición- cuando ya creía que no iba a conseguirlo. “A mí la oposición de Chany (Inchausti, ex Subsecretario de Cultura) me incentiva el ingenio”, dijo negándose. Tuvo razón: de hacerme caso se hubieran perdido excelentes animadores culturales que con el tiempo aprendí a respetar. Pero a una, la sufrí hasta el último día.

La presencia de Enrique (Ramírez) fue muy importante para tratar de encontrar soluciones y pensar estrategias.

Pacho (O’Donell) dijo que el Programa era exitoso porque había mujeres en la conducción y que los hombres se incluían en él desde su parte femenina. Sin embargo, lo que ocurría era que todos habíamos encontrado un lugar donde desarrollar una vocación por lo social. Vocación que muchos teníamos postergada.

Por entonces empezamos a buscar experiencias anteriores y similares pero no encontramos nada, motivo por el cual resolvimos buscar profesionales con quienes confrontar lo que estábamos haciendo. Y así fue que dimos con Teresa Sirvent, quien había realizado buenas experiencias de educación popular y participación en Brasil.

Teresa era la nueva Directora del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. A los pocos minutos de conversar con ella, nos dimos cuenta de que habíamos encontrado lo que estábamos buscando. Sintonizábamos en la misma onda. Después conocimos a Amanda Toubes, Arturo Diéguez, Hilda Santos y Miriam Lipzyp, quienes con la coordinación de la primera formarían el equipo que se encargaría de nuestra demanda. Se generó un espacio para pensar juntos en voz alta.

Al principio fue duro verse enfrentado a los errores. No fue fácil de digerir. Sufrimos pero también encontramos la energía y las herramientas para poder corregirlos.

Cuando Amanda, quien es una apasionada de la educación y un verdadero maestro (y debo decirlo así porque el idioma es tan poco generoso con las mujeres, que se confundiría el sentido si utilizo la palabra maestra), de esos que pocas veces en la vida uno tiene ocasión de encontrar nos vio la primera vez, nos dijo: “Un programa de participación tiene que tener una organización participativa”.

Me sentí como una chica en falta. Era tan obvio y no había caído en la cuenta hasta que lo escuché de su boca. Tanto hablar del vecino y no darnos cuenta de que la participación “bien entendida” empieza por casa. “¿Están dispuestos a revisar a fondo la organización?”. Sin tener muy claro en ése momento en qué nos estábamos metiendo, le dijimos que sí. Yo me fui de allí con la sensación de que se nos había abierto un paracaídas.

Leí en alguna parte, y lo debe haber dicho algún romano de la antigüedad, que las ciudades no deberían superar nunca los cinco mil habitantes porque se transformarían en un caos. La dimensión ideal debería ser aquella que permitiera ver la salida o la puesta del sol. No estaba equivocado. Las ciudades se han podido organizar y tienen hoy millones de habitantes, pero el caos existe aunque no se vea. Es el que nos obliga a comportarnos como si todos fuéramos extranjeros viviendo en el mismo lugar. Tomamos como natural no conocer al vecino que vive a nuestro lado, buscamos sentarnos en la fila más vacía del colectivo o del cine. Podemos pasar meses caminando por las calles de Buenos Aires sin encontrar una cara amiga para saludar.

Por eso me propuse que los Centros tuvieran una dimensión humana, donde cada vecino pudiera recortarse y reconocerse con el otro. No ser un número más. Era mejor que los Centros fueran muchos, y no pocos y más grandes. Esta política generó también resistencia en los primeros coordinadores, que veían amenazadas sus posibilidades de crecimiento. Una resistencia esperable: había que aprender a pensar desde lo social y no solo desde lo individual. Como decía Enrique (Ramírez) eso también era parte del trabajo. Los edificios de las escuelas donde se instalaron los primeros Centros Culturales para funcionar después del horario de clases tenían algunas ventajas, pero conspiraban contra la idea de lograr un ambiente en donde los vecinos pudieran sentir el lugar como una casa acogedora: con un barcito para juntarse a charlar, un lugar para leer, escuchar música o mirar películas y que, además, estuviera siempre abierto.

Los hombres y mujeres que trabajaban en los Centros eran héroes, lo fui descubriendo viéndolos trabajar en las condiciones más adversas y casi sin recursos. Creo que por eso me esforzaba por entenderlos en sus críticas.

Ya por aquel tiempo empezamos la búsqueda de lugares propios en donde se pudieran hacer actividades de todo tipo sin las limitaciones que imponían las clases de la escuela, por un lado, y los porteros, por el otro. No pretendíamos dejar la escuela, que es un lugar importante que nuclea a la vecindad. Por otra parte nuestra presencia ayudaba a romper ciertas rigideces del sistema educativo. Esperábamos que con el tiempo se borraría la división de aguas entre educación y cultura.

Sin embargo, no siempre era la escuela la culpable de las situaciones conflictivas: los prejuicios eran de ambas partes y no dejaban ver lo positivo que hay tanto en la educación formal como en la no formal.

...con la llegada de la primavera del '85 florecerían en los barrios los primeros hechos culturales generados por los vecinos.

Se organizó “Buenos Aires Capital de las Artes”. Fue importante que miles de personas se juntaran para ejercer su derecho a pensar, preguntar, razonar y discutir en libertad, porque al crear espacios abiertos de debate estábamos reafirmando la pluralidad de ideas, algo fundamental en una democracia naciente.

En los barrios, la pobreza de actividades estatales de tipo cultural era total. Por otra parte, la mayoría de los cines de barrio habían cerrado y los clubes que no habían corrido esa suerte languidecían con la sola presencia de algunos pocos jugadores de naipes. Cualquier lugar era bueno para empezar, pero preferimos hacerlo en aquéllos más alejados del centro de la ciudad, política que seguimos hasta el final de nuestra gestión.

Tiempo después nos iríamos dando cuenta de que en general los gustos de los vecinos se inclinaban hacia todo lo que estuviera relacionado con el movimiento: danzas en todos sus estilos, yoga, expresión corporal, gimnasia de todo tipo.

Lo que hacía que los barrios fueran diferentes entre sí eran los gustos, las aficiones, las propuestas, las demandas que se ponían de manifiesto en cada uno de los Centros Culturales, que por otra parte eran consecuencia de la historia de la composición social y del hábitat.

...ella tenía una sensibilidad especial para detectar gustos, intereses y necesidades, y crear las condiciones para transformarlos en acciones.

Que los vecinos se apropiaran de la ciudad era uno de los propósitos del Programa.

(Respecto a algunos de los talleristas) Nosotros no exigíamos títulos, su producción y su propuesta eran suficiente currículo.

“No sólo se trata de difundir la cultura sino de estimular su producción! (Pacho O’Donell)

En La Boca, todas las artes florecían con gran fuerza, así como instituciones de todo tipo creadas por los vecinos inquietos.

...sabíamos que tenía que haber una manera de poder comunicarse con el barrio, algo imprescindible para, desde ahí, poder trabajar.

Las puertas de La Boca nos la abrieron los integrantes de la murga “Agrupación Humorística Los Nenes de Suárez y Caboto”, integrada por más de 500 personas. Fundamental fue la gestión de Miguel, su Presidente, a partir de haberle contado que nuestra idea era trabajar con ellos. Desde entonces empezamos a acompañarnos mutuamente. Hicimos bailes juntos, fiestas en los conventillos, estuvimos en los corsos y compartimos cenas de amistad.

La gente de la Agrupación sabía que lo que hacía era bueno para que sus hijos no vagabundearan por las calles, pero comprendieron, junto a nosotros, que lo de ellos era también un hecho cultural. Y lo decían con todas las letras, que respondía a un sentir, una identidad.

Aquello sirvió y tanto: hoy nos han aceptado, formamos parte de ellos, ya no dicen allí vienen los del Programa o los de la Municipalidad, sino nuestros nombres. Y podemos sentarnos en cualquier sitio, aún con los de la Barra Brava, que solían acompañarnos cuando hacíamos funciones de cine al aire libre.

Cuando nosotros ya no estemos coordinando estas actividades, sino sean los mismos del barrio los que lo hagan, yo propondría a Miguel, su nombre completo Miguel Términe, animador natural y real de La Boca.

Después de dos años Teresa se fue a trabajar a otro barrio, su barrio. Nuestra política era ir reubicando a los animadores en o cerca del barrio donde vivían en la medida que eso fuera posible. Miguel, entonces, oficialmente empezó a entrenarse junto a Horacio, quienes se hicieron compinches inseparables, para insertarse en la burocracia municipal. En algún tiempo más, si todo seguía por el camino que estábamos trazando, sería el nuevo coordinador. Se lo impidió el cambio de gobierno.

Para los vecinos de ese lugar (el Barrio Rivadavia, en Flores Sur) lo artístico o el ocio, tal como se toma en otros sectores sociales, les era totalmente ajeno. Sus demandas estaban centradas en aprender cosas útiles y encontrar solución al problema de sus viviendas. Sólo los niños se permitían incursionar en actividades de tipo artísticas.

El cien por ciento de los adultos que concurrían al Centro cotidianamente, eran mujeres. Los hombres empezaron a acercarse “a ese lugar de mujeres” a partir de los espectáculos, en particular el cine.

.....  
Así era: una cuestión de tiempo, técnicas o ingenio.

Leticia nos contó cómo hizo para integrar a los hombres en sus primeros tiempos de trabajo en Mataderos: inventó una fiesta donde se invitó a toda la familia con la idea de hacer una clase colectiva de expresión corporal. Sabiendo que los hombres iban a tener cierta inhibición para integrarse, invitó a su hijo Marcelo –profesor de Educación Física-

para que junto con otros amigos se mezclaran con la gente y fueran quienes rompieran el hielo. Y ocurrió lo que se esperaba, los hombres se integraron, también las familias entre sí. Aquella fiesta tuvo tanto éxito que durante mucho tiempo se repitió una vez por mes. La llamaron “Moviéndonos en familia”.

Poco a poco, los talleres de oficio, que eran la actividad principal del Centro de Barrio Rivadavia, fueron convirtiéndose en servicios para los vecinos.

Solía decir (Pacho) en aquel tiempo que este tipo de actividades, que hace que la gente en los barrios se despierte y empiece a pensar, criticar, crear y especialmente juntarse, era acechado por muchos peligros. Que no todo el mundo estaba contento con que esas cosas sucedieran.

Pensábamos que expandirse y llegar a mayor cantidad de vecinos era una forma de afianzar el proyecto.

En los contactos previos que tuve con los que serían mis sucesores, antes del cambio de gobierno, una de las preguntas que me hicieron fue por qué no habíamos elegido a militantes partidarios como coordinadores. La respuesta era muy simple: todavía la mayoría de los militantes privilegiaban las necesidades del “partido” y no las de los vecinos. No obstante, mis sucesores no seguirían nuestro criterio.

En aquellos primeros tiempos de euforia democrática, cuando cualquier conducta era considerada autoritaria, yo buscaba que se entendiera que la autoridad es necesaria en una organización y ésta no tiene que implicar arbitrariedad necesariamente.

Betty, Lic. en Filosofía y que había venido desde México donde había hecho un trabajo en Cultura similar al nuestro, fue una de las pocas animadoras que tenía una clara conciencia del valor individual y social del trabajo voluntario que otros colegas confundían con mano de obra gratuita.

Pero nuestros políticos tienen que cambiar, todavía no se ven más que a sí mismos. Un país movilizado y organizado es el único reaseguro que tiene la democracia.

Después de una dictadura, a un país siempre se le hace difícil gobernarse a sí mismo. Nosotros no éramos una excepción. Lo más complejo era que se pudieran aceptar las diferencias que la democracia permite poner en evidencia.

Nos formábamos en la acción. Estaba naciendo, no sólo un oficio nuevo, sino también un nuevo estilo de funcionario público.

El teatro era pasión de multitudes, en especial en los barrios de clase media. No tanto para verlo como para hacerlo. Alguna razón debe haber para que eso ocurra.

También estaban en la lista de preferencias las actividades relacionadas con el cuerpo: gimnasia de todo tipo, yoga, expresión corporal, danzas (clásicas, modernas, brasileñas,

tango y folclore). La que llevaba la delantera en la danza era la gente que se reunía en el Centro Fortunato Lacámara del barrio de San Telmo. Cualquier motivo era bueno para festejar con un baile.

Supe, hace muy poco, que en Inglaterra se realiza un programa muy similar al nuestro, que se llama “Actividades para el placer”. Me pareció muy interesante el nombre, porque lo que nosotros hacíamos tenía mucho que ver con el placer en el sentido exacto de la palabra. En la Argentina llamarlo de esa manera hubiera sido un escándalo por la connotación de erótico y de frívolo tiene “el placer”.

Al fin se abría el telón imaginario y el aliento de los amigos, parientes y vecinos llegaba a los actores como el crédito en blanco que sólo puede dar el afecto.

Un rol importante era el de Jorgelina Colucci, la vestuarista que trabajaba como “tachera”. Ella era quien transportaba las máquinas de coser y llevaba a los niños que actuaban en la obra a sus casas, cuando los ensayos terminaban de noche, tarde. El día del estreno, con la emoción pintada en la cara le contó a un periodista barrial: “Mire, yo vine acá a mirar una película y me enteré de la comedia que se estaba preparando. Volví para ver de qué se trataba. La verdad es que me sentía muy sola, yo vivo con mi perrita, estaba mal, me sentía muy deprimida. Ahora, después de estar con este grupo, me siento viva. Encontré un motivo para vivir, ¿me entiende?”.

Algo no se puede negar: la educación es la que forma la conciencia de los pueblos.

Hubimos de recorrer un largo camino antes de que Rosalía Winocur, coordinadora, fuera aceptada como una más dentro de la comunidad boliviana. Los primeros tiempos habían sido de absoluto fracaso. Hasta nos habíamos equivocado con la elección del nombre del Centro: “Carlos Gardel”. Ninguna decisión -aún la que puede parecer intrascendente-, debe ser tomada a la ligera. A pesar de que yo misma había alentado la idea de que cada barrio eligiera el nombre, no me pareció que llamarlo Gardel fuera una concesión demasiado importante. ¡Qué gran equivocación! Justo allí donde había una identidad tan distante de ese prototipo porteño. También hablábamos un idioma distinto; parecíamos aquellos anarquistas que llegaron a la Patagonia con impresos que nadie podía leer. Además, nos creíamos que podíamos, por nuestra simple voluntad, integrar lo que la cultura se ha ocupado de separar. Fue entonces cuando decidimos que ese Centro privilegiaría el trabajo con la comunidad boliviana y abríamos otro también en Soldati en una vecindad que no tuviera, por la cotidianeidad, prejuicios raciales tan exacerbados. Desde esos espacios propondríamos hechos de integración.

El trabajo en la comunidad empezó con las madres, cuya principal preocupación eran sus niños y sus jóvenes. Ellas fueron las que señalaron el camino. Después lo hicieron también los jóvenes y los niños.

La esperanza para las madres de Charrúa estaba puesta en sus hijos.

El rock ocupó un espacio importante dentro del Programa, en especial entre los jóvenes. En el '85 habíamos empezado haciendo talleres sobre la historia del rock, donde a veces conocidos artistas de ese género eran invitados a charlar con los chicos. Lo importante era que, a partir de ese interés que los reunía, se podía establecer contacto con ellos y a su vez ellos entre sí, en un ambiente que podía o por lo menos se proponía contenerlos. Romper el autismo en el que se refugian y al que también son condenados nuestros jóvenes fue una de nuestras preocupaciones constantes.

En los festivales los jóvenes hacían música, pero también eran los productores. El paso para lograrlo era la organización. Los jóvenes llegaron a ocuparse de todo.

Gastón había hecho de la animación cultural no sólo un oficio sino una forma de vida. Creo que terminó de definir su vocación la primera vez que fue a trabajar a la Villa 21. Junto con su equipo habían decidido ir hasta allí sin llevar ningún tipo de material que no se pudiera dejar, o que los adolescentes del lugar no pudieran proveerse por sí mismos. Conclusión: fueron con las manos vacías. Cuando llegó a la Villa les pidió a los muchachos de allí que eligieran el lugar donde querían trabajar. Así lo hicieron: el basurero más cercano. En ese momento, por primera vez desde que trabajaba en el Programa, Gastón sintió miedo, se dio cuenta de que antes siempre había estado protegido, ya fuera por las paredes del Centro o por los instrumentos musicales. Fue entonces cuando frente a la mirada expectante, incrédula y desafiante a la vez de esos muchachos, dudó de todo lo que había hecho y de lo que podía ofrecer... Les propuso hacer percusión con lo que encontrasen. Se armaron de palos, latas, etc.; y... el ruido que producían era insoportable. Al cabo de un rato ese ruido empezó a tener armonía, en las caras de los chicos vio el placer y el asombro que ello les generaba.

Otros, en el Programa, consideraban también al Estado como algo ajeno que había que combatir en vez de transformar.

El Estado es un espacio que todavía hay que ganar.

Si bien permanentemente se demandaba participación, se desconocía la manera de lograrla.

Si bien los talleres que tenían como objetivo recuperar la memoria barrial habían empezado a funcionar en los Centros en 1985, era una actividad que no había sido pedida por los vecinos. Sin embargo, considerábamos que no podía estar ausente en un Programa que se proponía la transformación de conductas y valores. A poco, ganó comprometidos adeptos. Con los recuerdos que hombres y mujeres volcaban en las reuniones se iba armando el rompecabezas de la "historia chica".

La nostalgia se refleja en otras palabras: "Lo que añoramos es la relación familiar y barrial que giraba en torno de los clubes sociales del barrio, a los que en aras de una dudosa modernidad se ha dejado de lado y han llegado a ser en la actualidad sólo un escuálido

buffet que atiende a los quince o veinte que van a jugar a los naipes. Por entonces, eran verdaderos “centros de organización barrial”, donde se realizaban múltiples actividades y el fin de semana se engalanaba con ruidosos y alegres bailes familiares de los que la mayoría de los vecinos participábamos”.

Este sentimiento que era compartido con muchos otros hizo que la gente de Saavedra se “aquerenciara” rápidamente en su Centro Cultural, convirtiéndolo casi en una extensión de sus casas y donde muchos de ellos iban a trabajar en forma voluntaria. Ahora ocupaban un lugar donde revivir aquellos añorados tiempos de encuentro.

En el Programa hizo (...) de todo un poco, hasta que en 1987 se le ocurrió la idea de convertir los terrenos baldíos de la ciudad en huertas que los vecinos pudieran trabajar. “Dios los cría y el viento los amontona”, reza un dicho popular. Todos los que se nuclearon alrededor de esta tarea –vecinos y trabajadores- tenían similares afinidades: no fumaban, hacían yoga o meditación, eran naturistas y/o vegetarianos, estaban en la búsqueda de alternativas más sanas –humanas- de vida. De ahí que adherían a la filosofía de cultivos orgánicos.

Al igual que los Centros, estos eran espacios de participación, encuentro y solidaridad para personas entre 3 y 90 años. Los más beneficiados eran los chicos, y los internados en establecimientos psiquiátricos y de detención, a quienes especialmente se les acercaba esta posibilidad.

Este Programa fue tan dinámico, entre otras razones, por la manera en que se generaban los proyectos. Estos podían provenir de cualquiera de los protagonistas: vecinos, maestros, coordinadores y hasta de mí misma. Ideas hay muchas, lo difícil es llevarlas a la práctica. Cuando tuve alguna, ésta se desarrollaba si encontraba una persona que la tomara como suya. Si no era así, prefería dejarla esperando.

En los barrios existía la posibilidad de hacer una difusión más creativa. Variaba según el lugar y quién fuera el responsable. Por lo general se usaban volantes. En ese sentido el más organizado era Santiago, un joven y silencioso animador que trabajaba en el barrio de Saavedra. Tenía perfectamente identificados los lugares clave y el recorrido para hacerlo en el menor tiempo posible. En Soldati se hacía por los parlantes de la parroquia; en Mataderos, con dramatizaciones teatrales en plena calle; en Floresta subían a los colectivos como los vendedores ambulantes; en el barrio Mitre, la difusión se hacía vecino por vecino el mismo día de la actividad anunciada. Por la característica de marginado que tiene ese lugar, sus vecinos no lograban retener aquello que se difundía con anticipación. Tuvimos también comunicadores imprevisibles, como por ejemplo Miguelito, vecino de Saavedra. Era dueño de un camión con bocinas, decorado con mil leyendas. Como voluntario se ocupaba de anunciar las actividades del Centro de Saavedra.

La mejor difusión del Programa siempre la hicieron los vecinos.

Los periódicos barriales contribuyeron también con esta tarea. En una charla, el señor Gritta, director del diario *Objetivos* de Floresta, me sugirió la idea de hacer un encuentro

entre todos los editores barriales. Sería la primera vez que se haría algo así. En aquel tiempo, todos juntos, sumaban mensualmente algo más de doscientos mil ejemplares.

Los pueblos no se hacen grandes cuando niegan su historia.

Viajé a Barcelona, a intercambiar experiencias y observar cómo iban llevando su proceso de descentralización y participación ciudadana.

Aquel viaje fue muy importante porque me permitió confrontar que el modelo que nosotros habíamos desarrollado no tenía nada que envidiarle al catalán. Por diferentes caminos, con historias distintas y situaciones económicas y sociales opuestas, habíamos llegado a conclusiones similares. Sin embargo había mucho que aprender de ellos. Conocer su organización nos llevó a ajustar la nuestra. Yo me sentía orgullosa porque creía que habíamos logrado una organización que se manejaba con un mínimo de burocracia. Comprobé que es posible hacerlo bien, todavía con menor cantidad de personas en funciones de conducción.

Visité casi todos los Centros, los que andaban bien y los que andaban mal; al igual que acá, al ser tan nuevos estaban todavía muy vinculados al desempeño de su director, para nosotros coordinador. Allá son elegidos por concurso público y es un requisito ser animador sociocultural, que en ese país es un oficio reconocido.

Los Centros de Barcelona eran el lugar de reunión de los vecinos del barrio: tenían espacios adecuados para todo tipo de talleres, donde se podían dejar los caballetes, en el caso de los que hacían pintura, o las esculturas. Había instrumentos musicales a disposición, un bar que en muchos casos también era restaurante, y salones de lectura, para televisión, música, cine, exposiciones, biblioteca. Se veía a cientos de personas yendo, viniendo, ocupando todo. También había servicios sociales, como guarderías y bolsas de trabajo. En uno de los barrios que se caracterizaba por tener una población muy vieja, se estaba construyendo un anexo dirigido a ese sector.

Es así: la participación posiblemente entrañe caminos más lentos pero siempre se obtienen mejores resultados y con efectos más duraderos. También es el mejor camino para controlar la corrupción.

En nuestro caso la descentralización todavía se manifiesta sólo en los discursos. Pero en realidad no se lleva a la práctica porque implica modificar la forma en que se ejerce el poder. Significa, entre otras cosas, mayor transparencia de los actos públicos, la posibilidad de control social, así como la distribución de responsabilidades reales y participación en las decisiones.

El Programa surgió como una iniciativa del Estado para promover la participación ciudadana pero ciertamente ésta no puede ser trabajada como un hecho aislado de las instituciones; es necesario por eso democratizar el Estado así como los partidos. Lo que nosotros pretendimos fue ir ejercitando las formas de participación, promoviendo para ello la asociación y la organización de los vecinos en función de objetivos concretos, con el fin de que paulatinamente fueran teniendo intervención en los temas que los afectaban.

Borja (Jordi, Presidente de la Comisión de Descentralización y Participación Ciudadana de Cataluña) en uno de sus libros dice: “Las Asociaciones de Vecinos son un medio para el desarrollo de la democracia política social. [...]. “Obligan” al Estado a democratizarse, exigen una nueva configuración de la Administración local. Toda demanda social continuada y organizada requiere una respuesta institucional del Estado. El movimiento ciudadano da lugar a que se abra un proceso de reforma del Estado, de democratización en el sentido de hacerse más representativo, más abierto a la participación popular; se hace necesario un Estado más descentralizado y más sometido al control de la población. [...] Los partidos representan proyectos sociales y culturales diferentes y programas distintos de gestión política y económica. En función de la hegemonía y de las mayorías que conquistan ocupan un lugar en el aparato del Estado. Las Asociaciones, como los sindicatos, son organizaciones pluralistas que representan al conjunto de un grupo social o territorial y expresan aspiraciones sociales concretas. Se sitúan como interlocutores del Estado, frente al cual son portavoces de resistencia y demandas permanentes.”

No todos los funcionarios radicales estaban de acuerdo con seguir la política pluralista que había señalado el gobierno. El Programa no era la única organización que prefería criterios de idoneidad para seleccionar su personal y no su filiación política, pero esa postura tenía costos muy altos. Si una no tenía una trayectoria dentro del partido entraba en la categoría de “no confiable” y muchas puertas se cerraban.

.....  
Pero nosotros éramos un equipo y además Ana, como militante radical que era, sabía hablar con esos políticos de igual a igual y refregarles su filiación que databa de quince años atrás. Cosa muy importante para gente que cree que la antigüedad en sí misma es una virtud.

Otro dato que nos dio un indicador del avance de la inserción del Programa fue saber que profesionales de la salud lo recomendaban a sus pacientes. Sin duda lo que se hacía era una forma de protección de la salud. Se había producido un efecto multiplicador.

Ana Laura, quien además de ser animadora y responsable del Centro Chacarita era arquitecta, para conseguir el arreglo del local del Programa volvió loco a medio mundo. Y como alguna vez había trabajado en decoración, logró maravillas con pocos recursos y mucho ingenio. Había descubierto abandonado un local que pertenecía a Ferrocarriles; entre otras cosas le faltaba el techo. Las autoridades del “Urquiza” apoyaron la idea y Luna (Félix) se ocupó de convencer al presidente de Ferrocarriles. Era chiquito pero no importaba demasiado porque el verdadero escenario de trabajo era el barrio. Lo que nosotros pensábamos que hacía falta era un lugar de referencia estable sin restricciones de horarios ni de porteros.

Teníamos –nosotros y las actividades que realizábamos- la flexibilidad necesaria para adaptarnos a cualquier lugar. Hasta un barco intentamos conseguir para La Boca.

El trabajo más importante que realizó ese Centro (Chacarita) fue el de unir las instituciones barriales para realizar proyectos de interés común. Esto era complicado, porque siempre se juegan intereses contrapuestos, razón por la cual algunos colegas preferían trabajar puertas adentro, pero se equivocaban: los Centros eran sólo un medio, nunca un fin.

No sé si puedo decir que trabajar en Cultura era la ambición de mi vida. Creo que me entregué con pasión porque creía en lo que hacíamos y porque fue la primera vez en toda mi vida que en un trabajo se me brindó la oportunidad de crear junto con otros en libertad. En esa libertad estuvo la fuerza para lograr lo que hicimos y también su debilidad. Una vez le escuché a Susana Molina, una maestra de teatro, decirle a sus talleristas: “Si no se me diera libertad mi tarea no tendría sentido”. Esa era la razón que llevaba a tantos maestros a ser espejo donde se vieran reflejados los vecinos, aún a pesar de la exigua suma que ganaban.

El panorama presupuestario para el '88 era desolador. Claro, todavía no sabíamos cuán desolador iba a ser el del '89. Aún en la alternativa más optimista no llegábamos a cubrir los gastos de julio. ¿Qué hacer? ¿Cerrar los fines de semana? ¡Imposible! Era cuando los vecinos organizaban sus actividades y para algunos la única posibilidad de distracción, en particular en ese momento en que el costo del transporte empezaba a pesar mucho en la economía de una familia.

En reunión de coordinadores planteé la situación en la que estábamos. Si bien ya había tomado una determinación, necesitaba contar con el apoyo de ellos para hacer frente a las dificultades que llegarían. El año anterior habíamos dado un paso importante, como organización, al descentralizar el presupuesto. Cada Centro disponía desde el inicio del año una suma que era administrada por su coordinador. Esto significaba que respetando ciertos criterios tenían autonomía para decidir sobre el destino de esos fondos.

Los contratos también pasaron a ser responsabilidad de los Centros, así como la selección del personal para cada uno de ellos.

Con el tiempo nuestra meta era desarrollar mayores grados de participación de coordinadores, vecinos y maestros. Nos propusimos hacerlo progresivamente.

Para mí lo artístico, como cualquier otra disciplina, era un medio para ejercitar la participación y la organización.

La Casa del Animador Cultural fue pensada como un espacio para la formación y transferencia de experiencias de los trabajadores del Programa.

Llegar a más gente era un aspecto importante del Programa, así como ganar nuevos espacios en la ciudad: parques, calles, veredas. La apropiación colectiva de la ciudad, la socialización de los espacios urbanos era la idea que subyacía en las nuevas experiencias que emprendíamos: el Paseo de Flores, “un Centro al Aire Libre”, en las callecitas que

están al lado de la iglesia de Flores; la Feria de las Tradiciones, en Mataderos; la Feria del Tiempo Libre, una iniciativa que surgió de los vecinos de Saavedra; las huertas urbanas, que se hacían en los baldíos; este mismo Festival de Teatro Callejero y la Calle de los Títeres en el barrio de Constitución, y además las actividades de “Verano en la Vereda”. En las ciudades de hoy debemos ir también al encuentro de la gente, romper el aislamiento y motivarlos para desarrollar inquietudes o para que concurran a asociaciones.

Para mi sorpresa nuestros investigadores del Instituto de Ciencias de la Educación no eran una excepción. Otros, de otros países, se les parecían: Personas que se involucran con la realidad que estudian en lugar de disecarla como algo ajeno a ellos, para ocupar -desde ahí- el lugar del que “sabe”.

Hicimos una reunión “intensiva” de equipo, en una quinta y lejos de la Capital, con todos los coordinadores y animadores, la que sirvió para que pudieran darse cuenta de que, a pesar de las diferencias, los unían los mismos objetivos y el hecho de confrontar que ninguno de nosotros individualmente era poseedor de la verdad.

También se describieron los problemas dándole a cada uno su real dimensión, volviéndolos menos fantasmales y más asibles.

Si la animación cultural es “el conjunto de acciones dirigidas a generar procesos de participación de la gente, tendientes a la dinamización del cuerpo social”, parecía claro que nuestro lugar era estar al lado de quienes procuran organizarse.

Escuchando para intervenir aportando datos, clarificar, ayudar a discernir el rol de cada interviniente. En síntesis, no estar al frente ni ausente ni detrás; sí a los costados, acompañando el proceso de cómo organizarse de manera transparente, condición ineludible para que una asamblea sea democrática.

Ana me miró con resignación cuando le dije que íbamos a hacer un programa intensivo de animación callejera en los meses del verano. La idea era salir a la calle con una propuesta de actividades para aquellos que no podían irse de vacaciones.

El éxito del teatro callejero nos había confirmado la validez de sus técnicas para acercarnos a los vecinos que no iban a los Centros.

No todos los hechos culturales que se sucedían en los barrios estaban en relación con las actividades promovidas por el Estado. Sin duda la apertura democrática había facilitado el desarrollo de muchas iniciativas.

Dos de ellas alcanzaron una gran inserción en sus respectivos barrios: El Grupo de Teatro de Catalinas Sur en La Boca y el de los Sensibles en Palermo. La primera iniciativa estaba centrada en lo artístico, la otra en el mejoramiento de la calidad de vida del barrio. Ambas privilegiaban el encuentro entre vecinos y se autogestionaban.

Quienes lideraban una y otra iniciativa tenían la misma particularidad y ventaja: además de pertenecer al barrio son buenos animadores culturales.

En algunas de sus actividades (por ej.:bailes en familia) recaudaban dinero –“No hay fiesta popular sin el choripán, decían- que servía como fuente de recursos para los gastos de sus programas.

A mediados de enero todo estaba listo para empezar: elegimos quince barrios en total; durante una semana recorreríamos sus calles con actividades de animación convocando a los vecinos para el gran baile de cierre. Al programa lo llamamos “Verano en la vereda”. A Adhemar se le ocurrió inventar una víbora gigante parecida a las orugas de los desfiles chinos. Tenía un largo de treinta metros. Varios trabajamos en su confección.

Dentro de la víbora llegarían los animadores para proponer juegos , hacer máscaras, títeres, antifaces, enseñar a bailar, a pintar, a hacer murales y a andar en zancos.

Con los adultos iba a ser difícil. En general se acercaron a las actividades menos comprometidas o más pasivas. Algunos luchaban por cruzar la barrera que les impedía divertirse, otros lo hicieron a través de sus hijos. Toda la animación de los días previos generaba climas de alegría y cordialidad entre los concurrentes.

No todos los trabajadores del Programa se entusiasmaron con la propuesta. Decían que “no había surgido de las bases”, argumento que les permitía justificar su pasividad. Había aprendido que la mejor manera de conducir era con la persuasión y el ejemplo; por eso o porque quería divertirme me metí yo también dentro de la víbora. También lo hicieron dactilógrafas, administrativos, personal de limpieza.

La última semana de enero invadimos Boedo. Ese primer grupo estaba integrado por treinta personas.

Adelante iban zanqueros y redoblantes; a los costados, chicos llevando banderas de colores; quince animadores formábamos el cuerpo de la víbora. En la calle elegida para ese día esperaba el resto de los animadores con los materiales de trabajo.

Durante esos dos meses bailé todo lo que no había bailado en mi vida, y me di el gusto de aprender a andar en zancos.

En Barrio Rivadavia nos propusimos además realizar una jornada de trabajo voluntario para pintar su Centro. La movilización que se había generado llevó a varios de los trabajadores (del Programa) a convertirse en circunstanciales pintores de brocha gorda. En el momento de iniciar la animación por las callecitas y pasillos no pocos sentimos miedo de la reacción que podía generar nuestra presencia en un barrio muy peronista. Era un momento en que ya se notaba la efervescencia de la campaña electoral. Fue una de las jornadas más emotivas del verano. Todo el barrio salió a la calle.

.....  
Esa noche, mientras bailaba con un grupo de nenitas de pelos negros y manos ásperas, una de ellas me preguntó: “¿Sos comunista?”

- ¿Por qué lo pensás? – le pregunté a su vez. Y con ese gesto que hacen los chicos cuando saben que están hablando de cosas de los mayores, me contestó: “No lo sé, me lo dijo mi papá. Pero...¿sos comunista?” Volvió a insistir pidiéndome con la mirada que le contestara que no.

No éramos comunistas. Sin embargo en nuestro país los comunistas siempre han sido considerados “un peligro al acecho”. Cuando pasa algo que a alguien no le conviene o no le gusta, la “culpa” se les echa a los comunistas o “zurdos”, que para el caso es considerado como sinónimo. Dentro de esta categoría puede ser cualquiera que use barba, trabaje en los barrios, sea homosexual, artista o distinto de lo que el *establishment* permite.

Los Centros Barriales no eran ni más ni menos que un servicio público. Desde allí nunca se hizo “punterismo” de ninguna fracción partidaria, pero sin duda su acción era política. Lo que pasa es que tenemos demasiado confundido lo que realmente es hacer política.

Un personaje de no más de treinta centímetros de alto ofició de maestro de ceremonias para declarar inaugurada la Calle de los Títeres.

Se podría pensar que esa calle empedrada, ambientada con muñecos y telas multicolores que colgaban de los árboles y balcones, estaba dirigida sólo a los niños... pero no era así. También era una oportunidad para que nosotros, los adultos, pudiéramos abrir la puerta a la imaginación, a la fantasía y al juego. Algo que, a medida que crecemos, nos ocupamos prolijamente de guardar en el más oscuro cajón de nuestra casa. Por eso, entre muchas razones, recurrimos al primero de nuestros juguetes: el títere.

Al terminar la tarde, los títeres se fueron. Mamá, papá y los chicos podrían volver el próximo domingo a las dos de la tarde para “abrir la puerta para ir a jugar”.

Un mes antes, junto al equipo de coordinadores del Programa, nos atrevimos a jugar. Fue en el acto de apertura de las actividades del invierno del '89 cuando se realizó en el Centro del parque Chacabuco. Por primera vez nos subimos a un escenario. No fue para decir discursos –que por otra parte nunca hacíamos- sino para actuar. Gastón y Raquel nos dirigieron en una dramatización, producto de una creación que hicimos entre todos. Buscábamos una nueva forma de comunicarnos entre nosotros y con los vecinos. Aquél trabajo trató sobre el “nacimiento de los animadores culturales”. Sin pretenderlo, hicimos una síntesis de nuestra historia y de nuestras aspiraciones. Empezó con el escenario en oscuridad y terminó con el grito de ¡JUNTOS!.

Yo me sentía profundamente triste. El presidente Alfonsín había presentado su renuncia. De los meses que siguieron tengo muy pocos recuerdos o no quiero acordarme. De un día para el otro estábamos organizando formas de poder ayudar a que los vecinos pudieran comer, particularmente en alguno de los barrios donde la situación era desesperante. También corríamos de oficina en oficina para poder pagar los contratos, tratando de controlar el propio pánico de cómo sobrevivir en semejante crisis.

De la última reunión de trabajo recuerdo un extraño clima de solemnidad. Fue una de las pocas veces que no discutimos. En el balance que ese día hicimos se puso el acento en todo lo que nos faltó por hacer. No era equivocado.

“Transformar un hecho cultural es más difícil que transformar un hecho natural”, dice la socióloga Evelyn Sullerot.

Pero en nuestro caso, puede que pesara el hecho de que la mayoría éramos mujeres o porque nos habían hecho sentir que la renuncia del Presidente era un fracaso que nos arrastraba a todos. La mayor deuda que me llevaba era la falta de estabilidad laboral de la gente que tanto había trabajado durante esos años. Ya no podíamos hacer nada más. Había llegado la hora de la despedida.

Sin embargo, sabía que los vecinos estaban dispuestos a defender a los animadores en los barrios. Así se lo habían hecho saber en el momento de conocerse el resultado de las elecciones.

¿Por qué escribí todo esto?

Siento que lo hice para despedirme. Fue una manera de estar con las personas a las que por largo tiempo me unieron lazos de todo tipo. Encontré así el tiempo para separarme lentamente de ellas. También para despedirme de un trabajo que ha tenido decisiva influencia en mi madurez como mujer y profesional.

Pienso también que lo hice porque cuando algo se logra con el esfuerzo de tanta gente, merece la pena contarse, para que otros se animen a su vez a ensayarlo y compartirlo.

Creo que el Programa demostró que cuando se brindan los espacios adecuados, la gente común, al agruparse, puede generar hechos que los gratifiquen y a su vez den satisfacción a las necesidades de otros.

A otros les toca seguir aquello que nosotros emprendimos.

### Memoria descriptiva

1984

“Descentralización de servicios culturales”.

1985

“Promoción y difusión cultural”

1986

“No sólo se trata de difundir la cultura sino de estimular su producción”.

1987

“El Programa Cultural en Barrios junto a los vecinos y sus propuestas”.

1988

“De la producción cultural a la transformación de la cultura”

1989

- Se inauguró la Calle de los Títeres y se entregó el servicio, en julio, a las nuevas autoridades.